

CLUB DEL MISTERIO

HUGH CLEVELY



**PAGADO  
CON SANGRE**

**25**

El crimen implicaba a su mejor amiga. A la mujer que acaso llegara a ser algo –mucho– más que eso.

Y por ello Philip Cavanagh, el joven médico y abogado londinense, «tenía» que resolverlo.

El asesinato era como una perfecta obra de arte. Un delicado tapiz en cuya trama se mezclaban varios hilos: el amor, los celos, las drogas, la degeneración...

La ronda de los sospechosos se bailaba en el elegante Club Apolo, cuyos *habitués* eran mucho peores de lo que parecían ser, pero también mucho mejores de lo que ellos mismos se creían.

Philip Cavanagh logró tirar uno a uno los hilos de esa trama. Y al hacerlo se encontró a sí mismo. Y encontró la dicha que la vida le debía.

## Orden de aparición *de los personajes*

PHILIP CAVANAGH, inteligente y culto investigador.  
CORINNA LESLEY, bonita y desprejuiciada joven.  
ROLAND PIQUAR. (Su cadáver).  
RALPH MONTGOMERY VINCENT, un obeso y despreciable vividor.  
INSPECTOR WILLIAMS, un hábil y comprensivo policía.  
SARGENTO MATTHEWS, su ayudante.  
VALERIE MORRIS, mujer atractiva, equívoca y adicta a las drogas.  
JIMMIE McCROW, bailarín profesional, gigolo... y otras cosas más.  
STEPHEN TRACEY, veloz automovilista y amigo de Philip.  
MERLE SPENCER, valerosa amiga norteamericana de Stephen.  
CAPITAN STRINGER, contradictorio administrador del Club Apolo.  
ROBERT CAVANAGH, abogado, padre de Philip.  
SEÑOR HELM, su socio.  
MacDONALD, eficiente y discreto «valet» de Philip.  
HESTER CAVANAGH, entrometida tía de Philip.  
DOCTOR LESLEY, padre de Corinna.  
SEÑORA LESLEY, madre de Corinna.  
DAISY MILLARD, joven inexperta, aficionada a las drogas.  
BOB HAWKINS, un vapuleado matón.

SID BENDALE, su huidizo compinche.

## Capítulo I

### Té para dos

La camarera se adelantó con esa sonrisa especial que reservaba para sus clientes favoritos. Con su tono agradable y ligeramente arrastrado, Philip Cavanagh pidió té para dos, tostadas para uno y varias masas de esas adornadas con crema. La camarera se retiró y Philip se volvió hacia Corinna Lesley, sonriéndole:

–Y bien, mi joven amiga –dijo–, ¿qué es lo que te sucede ahora?

Ella le devolvió la sonrisa. Un diablillo travieso se asomó para mirarlo en sus límpidos ojos oscuros. Eran ojos muy bonitos, almendrados, sombreados por largas pestañas; y ella tenía cejas arqueadas y hermosas; su cabello moreno y lacio bajaba sobre sus dos mejillas encuadrando el pícaro óvalo de su rostro; y una boca pequeña y bien formada innecesariamente enrojecida por el lápiz labial.

–No tengo ninguna dificultad –dijo–. Todo en el jardín es hermoso. Y el nuevo departamento es un sueño.

–Entonces lo tomaste –dijo Philip. Ella le había pedido que le aconsejara si debía o no tomar el departamento. Él había aconsejado decididamente que no lo hiciera. Pero no había esperado que ella siguiera su consejo. Nunca lo hacía.

Ella lo miró ahora con ojos de inocente asombro.

–Por supuesto. Es un hermoso departamento. Tres amplias habitaciones, baño, cocina, luz eléctrica y teléfono.

Después está el parque, justo enfrente, y la estación de Lancaster a medio minuto de allí.

Su ceño se frunció por un instante.

—Estaba absolutamente harta de ese pequeño dormitorio-salón-estudio, con ese atroz empapelado en las paredes, su mísero diván y un anillo de gas para cocinar. Me era imperioso mudarme.

—No lo dudo —dijo Philip—. Y tus ingresos promedio son de unas tres libras por semana. Por lo que me dijiste, el alquiler de este departamento llega a las 150 anuales. Gas, luz y teléfono aparte. No te quedará mucho para gastar en comida. Pero quizá tú seas uno de esos seres etéreos que no necesitan comer.

En ese momento llegaba la camarera con su pedido. Él levantó la vista y le dijo:

—Creo que no vamos a necesitar esas masas de crema.

—¡Philip! ¡No me hagas eso!

Corinna sonrió encantadoramente a la camarera.

—Parecen riquísimas, y me propongo comer un montón. Te adoro, Philip, cuando me compras masas de crema.

Lo miró desde debajo de sus largas pestañas y le sonrió.

—Basta —ordenó él—. Y no me coquetees. ¿Cuántas veces tengo que decirte que yo estoy hecho a prueba de vampiresas? Y volviendo a tu departamento, ¿cómo lo piensas pagar?

Ella arrugó desdeñosamente la nariz.

—Eres demasiado serio —se quejó—. Y estás horriblemente respetable. Además, siempre miras el lado oscuro de las cosas. La verdad es que voy a ahorrar dinero al mudarme a este departamento. En ese cuartito miserable pagaba una guinea por semana, los baños aparte. En el departamento, tendré una habitación hermosa y pagaré una guinea por semana. Valerie Morris tomará otro cuarto y pagará una guinea; y vamos a buscar el inquilino que to-

me el tercero también por una guinea. Voy a trabajar muchísimo más en un departamento alegre y simpático que en ese agujero donde estaba metida, y probablemente ahorraré muchísimo dinero.

—No sé —dijo Philip dubitativo—. Así es que Valerie Morris se muda contigo. Pero *¿por qué Valerie Morris?* Yo no sabía que fuese tan amiga tuya.

—No es muy amiga mía —admitió Corinna—. Pero creo que es una muchacha muy bien, y yo tenía que encontrar a alguien rápidamente.

Philip se encogió levemente de hombros.

—Sí —añadió—. Tenías que encontrar a alguien rápidamente. Eso es casi una descripción de ella. Supongamos ahora que la encantadora Valerie no paga su guinea y tú no consigues otro inquilino... *¿qué pasa entonces?* Porque no es tan fácil encontrar inquilino en esta época de crisis.

—Bueno, en ese caso, supongo que tendré que ir a la cárcel —dijo Corinna con aire irritado—. Si me llevan, te lo haré saber para que puedas pagar la fianza y rescatarme. —Philip meneó la cabeza.

—Oh, no. No lo haré. En mi opinión, una buena dosis de cárcel es justamente lo que necesitas. Yo no pagaré tu fianza.

—Gracias, queridito —dijo mimosamente Corinna—. Pero no es necesario que te preocupes. Nosotras, las amas de casa que conocemos nuestro oficio, nunca nos vemos faltas de inquilino. La verdad es que ya tengo uno que vendrá a verme esta tarde. Sólo por dos o tres semanas, pero eso me dará tiempo para buscar otro.

Ella sonrió triunfalmente. Él no varió su expresión.

—Felicitaciones —dijo—. Y *¿quién es la niña?* *¿La conozco yo, o es otra de tus amigas de los bajos fondos?*

Hubo una breve pausa. Corinna pareció vacilar. Luego, en un tono premeditadamente casual, dijo:

—No es una niña. Es un señor.

Tan pronto como hubo hablado, lo miró. ¿Cómo tomaría esto? Lo tomó mal. Ella vio esa mirada levemente helada, siempre probatoria de que algo le había caído mal.

—Oh —dijo, con un tono igualmente casual—. ¿Así que es un señor? Y bien, ¿lo conozco yo?

Corinna tenía conciencia de una leve sensación de decepción. Había esperado que él protestaría con indignación ante la idea de que ella compartiera su departamento con alguien del sexo opuesto. Había estado preparada para defenderse... para decirle, a su vez, exactamente lo que pensaba. Después de todo, muchas mujeres tomaban inquilinos. No había nada de deshonroso en el hecho de tomar inquilinos. ¿Y por qué no iba ella a tomar un inquilino si así lo deseaba?

—Se llama Piquar —dijo ella—. Creo que lo conociste en el estudio de Mary Taylor hace unos seis meses.

Philip frunció el ceño al hacer un esfuerzo de concentración; luego se limitó a arquear ligeramente una ceja y la miró.

—Sí, lo recuerdo —dijo—. Un individuo moreno, donjuanesco, moderadamente bien parecido, a la manera de los que aparecen en los avisos de brillantinas. Se iba en ese momento a visitar los parientes que tenía en Turquía, o en el Africa portuguesa, o no recuerdo dónde.

—En París —le corrigió ella—. Pero ha regresado ahora, y ha estado viviendo en un hotel. Me pagará por adelantado y estará fuera de casa casi todo el tiempo.

—¿Tú crees? —preguntó Philip con aire dubitativo—. No sé, a lo mejor...

Una chispa agresiva se encendió en los ojos de Corinna. Ella sabía que Philip desaprobaba enérgicamente sus planes. ¿Por qué no se lo decía directamente en lugar de estar sentado allí, con aire helado, oponiendo pequeñas dificultades a sus palabras?

—¿Por qué no me dices lo que piensas? —le preguntó—. ¿De qué vale que empieces a decir «oh», y «quizá» y cosas



por el estilo? Ya sé que encuentras reprobable mi conducta, y mi departamento, y mis inquilinos.

–Y yo sé que tú sabes que lo desapruebo, entonces ¿para qué decírtelo? –dijo Philip y le sonrió.

Le ofreció un cigarrillo, tomó uno y siguió hablando:

–Me parece recordar que en el estudio de Mary Taylor este hombrecito parecía bastante interesado por ti.

Dijo esta última frase en el tono de quien formula una simple pregunta. Por un momento, Corinna no le contestó. Durante ese momento, abandonó de mala gana la idea de enzarzarse con él en una buena pelea. No servía de nada que uno perdiera los estribos con Philip; tampoco servía de nada tratar de que los perdiera él, se limitaba a sonreír. Durante los 18 meses que lo conocía nunca lo había visto perder la paciencia, y además él nunca había tratado de hacerle el amor.

–Sí, parece que le impresioné bastante –admitió con complacencia en la esperanza de que eso lo irritaría.

–¿Y entonces...? –dijo Philip.

–Y entonces, ¿qué? –preguntó ella–. Por favor, Philip, dame un buen consejo. Te adoro cuando aconsejas a las niñas inexpertas. Cuando voy a mi casa se lo cuento todo a mamá, y a ella le resulta maravilloso. Le recuerda los consejos que su abuela solía darle cuando ella era joven.

Por espacio de un segundo Philip la miró como si estuviese a punto de abofetearla. Y luego su expresión volvió a ser indiferente. Pero ella había visto esa mirada, y una sonrisa maliciosa, triunfal, se posó en sus labios. Era un tanto a favor de ella.

–Mi buen amigo –siguió diciéndole con tono protector–. Supongo que lo que estás insinuando es que Piquar puede tratar de tener conmigo una relación excesivamente amistosa. Y bien, supongamos que lo hace. ¿Crees tú que las señoras británicas no sabemos cómo cuidarnos? ¿Crees realmente que yo no sé cómo cuidarme?

Ella se detuvo y sonrió.

–De todos modos, no tienes por qué preocuparte. No creo que Piquar siga interesado en mí. Estuvo en la fiesta de Gilbert Mason anteanoche y él y Valerie simplemente se borraron de la faz de la tierra en mutua compañía por espacio de una hora. Al fin, se descubrió que estaban sosteniendo una animada charla, de corazón a corazón, en un automóvil. Fue Valerie quien me dijo que él andaba buscando un cuarto.

Philip maldijo mentalmente a Valerie.

–Sí, puede ser –dijo, y miró pensativo a Corinna–. Me pregunto qué dirán tus padres de este proyecto –añadió.

Una leve sombra de intranquilidad pasó sobre el rostro de Corinna. Ella se había estado preguntando lo mismo, y temía que sus padres no viesan este proyecto con muy buenos ojos. Es cierto que tenía los padres más simpáticos del mundo, pero no eran modernos. Viviendo, como vivían, en medio de Cornwall, no estaban a la altura de su época.

–Vienen a la ciudad la próxima semana, y yo se lo diré. Me atrevo a decir que lo comprenderán una vez que yo se lo haya explicado –dijo con esperanzas.

Philip se encogió de hombros y pidió la cuenta.

–Eres una tontita medio chiflada –comentó sin pasión–. Algún día te verás envuelta en un lío mayúsculo, y entonces pagarás con sangre.

Ella le sonrió desvergonzadamente.

–Si me llevo a ver metida en un lío, *queridita*, yo sé que tú me sacarás de él –dijo–. Si no, ¿por qué crees que sigo frecuentándote? No eres decorativo como Tony Billington, ni un buen bailarín como Jimmy McCrow, ni siquiera terriblemente inmoral como ese joven genio con cara de cocodrilo a quien conocí la otra noche. Pero para sacarme de un lío, creo que no habrá nadie como tú. A propósito, y hablando de líos, ¿vendrás a la fiesta que doy mañana por la noche inaugurando la casa? Con la excitación de este momento, olvidaba invitarte.

—No —dijo Philip con firmeza—. No voy. No me gustan tus reuniones y detesto tus bohemios amigos, avanzados y apasionados. Pero si ya has barrido todos los puchos del piso y has desinfectado el departamento, iré a cenar la noche siguiente. Si me ofreces una buena cena te compraré una gran caja de bombones y te llevaré al teatro.

Ella abrió su cartera y se empolvó la nariz. Philip pagó la cuenta, se levantaron y salieron del restaurant. Una vez afuera, se separaron y Philip se fue caminando lentamente a su casa. Iba pensando en ella.

Generalmente se consideraba que Philip Dermot Cavanagh era un joven afortunado. A los 31 años se había recibido de médico y de abogado. Ejercía la abogacía y se especializaba en medicina legal. Para ayudarse en su profesión contaba con una buena memoria, una mente lógica, una renta privada de 600 libras anuales, legadas por su madre, y un padre que era el socio principal de la antigua firma de abogados de Londres, Cavanagh, Helm y Helm. Con ayuda de todas estas ventajas, se aceptaba generalmente que le esperaba una carrera brillante.

Era alto y bien formado, y caminaba con ese paso peculiar, un poco encorvado, del atleta. Tenía un cabello rubio y lacio que peinaba con raya al costado sobre una frente ancha y ojos grises, fríos y críticos, que se encendían con una chispa de súbito humor cuando sonreía. Sus labios eran firmes y más bien obstinados; también las líneas de su fuerte mentón eran obstinadas. Su expresión habitual era seria y reflexiva; a menudo parecía un poco aburrido; y había en él un aire de tranquila indiferencia que desalentaba todo intento por alcanzar con él un cierto grado de intimidad. Y nada parecía sorprenderlo, y nadie le había visto nunca perder la paciencia; pero con un aire de perfecto buen humor podía ser deliberada y agudamente ofensivo cuando lo deseaba. La gente que simpatizaba con él decía que era ingenioso, divertido y amable; aquellos que le tenían antipatía decían que era obstinado,

cínico, vanidoso e inhumano. Su mayor amigo era un joven llamado Stephen Tracey que frecuentemente se enamoraba, que habitualmente estaba endeudado y perpetuamente metido en algún lío. Philip y Stephen habían estado en la misma escuadrilla durante el último año de la guerra.

Mientras se dirigía a su casa, la expresión de Philip era serena y despreocupada. Pero se sentía irritado, cosa que le sucedía a menudo después de haber estado con Corinna.

Se habían conocido 18 meses antes en un vagón de ferrocarril, viajando a Londres. Él le había ofrecido compartir su almuerzo, lo que ella había aceptado de buena gana. Durante el almuerzo se enteró de que ella acababa de dejar su primer empleo, que había sido de secretaria-chofer de una anciana, debido a que había tenido una discusión con ella acerca de la velocidad a que se debía conducir su viejo Daimler. En el bolso llevaba 6 libras, el salario de un mes, y se dirigía a Londres a buscar otro trabajo. Para empezar, se proponía ser taquidactilógrafa, pero esperaba, antes de mucho, llegar a vender sus dibujos en blanco y negro a las revistas. Su padre, un médico rural, y su madre, no sabían todavía que había dejado a la anciana; no se proponía decírselo hasta que no tuviese trabajo. Tenía 20 años y aparentaba 17.

Habiendo fracasado en su intento por persuadirla de que volviese a su casa, Philip había pactado con ella, le había ayudado a encontrar una habitación en una pensión muy honorable y le había dado una carta de presentación para un caballero que necesitaba secretaria. Después de eso, se había encontrado con ella cada diez días, más o menos, para almorzar, tomar el té o cenar; y ella se había habituado a pedir su consejo acerca de las cosas que se proponía hacer, consejos que ignoraba sistemáticamente. Con el correr del tiempo, él descubrió que ella era sumamente talentosa para trepar a los árboles, manejar auto-

móviles a velocidad excesiva, jugar al tenis, cocinar, flirtear, confeccionarse su ropa y hacer amistades con malas compañías.

Ahora, después de 18 meses en Londres, ella ganaba lo suficiente para vivir vendiendo dibujos a las revistas. Era miembro honorario de tres clubes nocturnos bastante dudosos. Había cenado, bailado y bebido en forma muy divertida con distintos señores en el Ritz, el Carlton, el Berkeley, el Savoy y Kettner's. Con igual gozo, había cenado y almorzado con otros hombres en un sinnúmero de restaurantes baratos del Soho, en los Lions y en mugrientos cafetines de los barrios bajos. Philip siempre había tenido la sensación de que ella iba a terminar mal, y de alguna manera, por milagro, esquivaba el precipicio en el último instante.

## Capítulo II

### El asesinato

Cuando Philip dejó lentamente el libro que había estado leyendo apareció en sus ojos grises una expresión soñadora que habría asombrado grandemente a la mayoría de las personas que creían conocerlo. En ese momento, él ya no era el joven abogado de sentido práctico y cabeza fría; el cómodo estudio en que se hallaba instalado había sido olvidado; su cigarrillo se consumía en el cenicero colocado a su derecha. Las líneas de versos de Flecker habían levantado ante sus ojos una imagen de ondulantes arenas del desierto bañadas por el sol, un farol chino perdiéndose en el oeste, y a la distancia, a la luz mortecina, una larga caravana de camellos avanzando hacia el palmar en donde acamparían esa noche. Era un cuadro puramente imaginario, porque él nunca había visto el desierto. Pero en ocasiones, particularmente por la noche, cuando su labor del día había terminado, tenía conciencia de una sensación de inquieta impaciencia por su modo de vida; y con ese ánimo, la carrera que le esperaba, la diaria repetición de sus deberes y sus placeres y sus compromisos sociales le parecía de una atroz futilidad, y ansiaba romper con todo y escapar... viajar por países lejanos y ver las formas y colores de ciudades extrañas y mezclarse con pueblos ajenos a su raza.

En ocasiones le asaltaban curiosas fantasías. Sentado en su estudio, rodeado por sus pertenencias respetables y

familiares, le asaltaba de pronto la idea de que quizá en ese momento una mano blanca y fina arrojaba una rosa sobre un balcón iluminado por la luna en Sevilla; de que en ese instante en un bullicioso bar del barrio portuario de Valparaíso, un marino con rostro cruel surcado de cicatrices, sentado a una mesa jugando a las cartas con tres compañeros, sacaba furtivamente una daga de su bota.

Pero éstas no eran más que ociosas fantasías que se guardaba para sí. Por nada del mundo habría dado a sus amigos la posibilidad de decir de él que era un «romántico». No se consideraba un romántico. A pesar de sus fantasías, tenía plena conciencia de que las encantadoras y hospitalarias habitantes de Sevilla pasan muy poco de su tiempo arrojando rosas desde balcones plateados por la luna sino que, por el contrario, la mayoría de ellas pasan su tiempo durmiendo, comiendo y cocinando. Tenía conciencia de que los marinos de rostro cruel que extraen cuchillos de sus botas habitualmente lo hacen con el objeto de escarbarse los dientes. Se admitió a sí mismo que le habría gustado que le arrojaran a sus pies una rosa desde un balcón sevillano y luego entrar a una casa misteriosa y trepar una escalera de caracol para encontrar... ¿qué? Nunca había conseguido visualizar a la poseedora de la fina mano blanca, pero sabía que nadie nunca arrojaría una rosa a sus pies y que él nunca conocería a la poseedora de esa mano blanca, y ese hecho no lo preocupaba. Entonces, no se consideraba un romántico.

Su teléfono sonó estridentemente trayéndolo de vuelta a la habitación. En un momento se desvanecieron en su mente el desierto y los camellos. Simplemente se fueron y él los olvidó; y estuvo de vuelta en su estudio; otra vez era un abogado joven, frío, práctico. Fue hasta el teléfono y alzó el receptor.

—¡Hola!

Del otro extremo del hilo llegó un suspiro de inmenso alivio. Luego fue la voz de Corinna.